



ANGELA STEIDELE

GENTLEMAN JACK

Terrateniente, seductora y diarista del siglo XIX

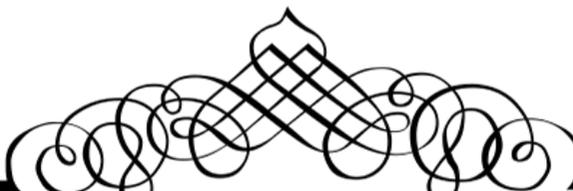
Una biografía de ANNE LISTER

Anne Lister (1791-1840) fue una ilustre aristócrata de Yorkshire, intrépida viajera, audaz empresaria y, en una época en la que ser mujer ya era una tarea difícil, vivió abiertamente su homosexualidad.

Decidió vestir siempre de negro y hablar con naturalidad de su desinterés hacia los hombres. Fue la primera mujer que escaló el Vignemale en los escarpados Pirineos, viajó hasta el Cáucaso y dormía con una pistola bajo la almohada. Tan osada como Don Juan y tan apasionada como Heathcliff, Anne no permitió que las costumbres de la sociedad de la Regencia la limitaran: aunque a los ojos de todos permaneció soltera, unió su vida en *matrimonio* con su acaudalada vecina, Ann Walker, en 1834.

Sus numerosos diarios permanecieron ocultos durante décadas antes de que se descifrara el código que inventó para dejar constancia de los detalles eróticos de sus prolíficas conquistas. Estas confesiones, junto con sus cartas, cuentan la historia de una mujer extraordinaria, pero también hacen un retrato detallado e invaluable de la época en la que vivió.

En este libro, original y rompedor, la célebre autora Angela Steidele brinda una perspectiva nueva de este personaje tan peculiar y fascinante, cuyas proezas han sido llevadas incluso a una exitosa serie de televisión.



Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



ANIVERSARIO



*Tan sólo quien se considera a sí mismo
esclavo de la lectura es realmente libre.*

*Los libros son lo único que te enseña,
a través del conocimiento, el camino más
recto hacia la libertad de pensamiento.*



epublibre

Más libros, más libres

*Gustaba a las chicas
y siempre les he gustado.
Ninguna jamás se me ha negado.*

ANNE LISTER,
13 de noviembre de 1816

Prólogo

Descifrando los diarios de Anne Lister

John Lister tenía siete años cuando su padre heredó Shibden Hall. Él y su familia se mudaron a la vieja casa solariega, en las cercanías de Halifax, en 1854. John creció entre huesos de ballena, pieles de tigre y un cocodrilo disecado. Cuando pasó a ser el señor de Shibden Hall, se dedicó a revisar los fajos de antiguos papeles, documentos y cartas que habían dejado allí las generaciones anteriores. Le cautivaron, sobre todo, los veinticuatro «Diarios y Anotaciones Personales de *Mrs. Lister*^[1]». Sus cubiertas veteadas estaban encuadernadas en suave piel de ternera, y las gruesas páginas tenían pulcros renglones en tinta negra. No obstante, la diminuta caligrafía no era fácil de leer; Anne Lister había utilizado numerosas abreviaturas, e incluso algunas partes estaban escritas en un código secreto.

A John le fascinó lo que logró descifrar. Anne Lister había estado muy involucrada en la sociedad y la política y había sido la única mujer entre los fundadores de la Sociedad Literaria y Filosófica de Halifax. Su diario era un auténtico venero de historia local. John Lister publicó una serie de extractos en el *Halifax Guardian* bajo el título «Vida política y social de Halifax hace cincuenta años». Ha-

bía 121 fragmentos en total, que abarcaban el periodo comprendido entre 1887 y 1892.

A John le tentaba asimismo lo que no logró descifrar. ¿Qué podía ocultar aquel código secreto, compuesto de letras griegas y símbolos numéricos e inventados? Pidió ayuda a un amigo suyo, el anticuario Arthur Burrell, y este acertó a averiguar los equivalentes de la «h» y la «e» en virtud de su frecuencia de uso y de la posición que ocupan en las palabras: entonces, «tras revisar la mitad de la colectánea de escritos, encontramos sobre un trozo de papel estas palabras: “en Dios está mi...”. Enseguida advertimos que la palabra debía ser “esperanza” (*hope*); la “h” y la “e” confirmaron mis sospechas. Esa palabra había sido escrita en código. Teniendo esas cuatro letras casi seguras, comenzamos, muy entrada la noche, a encontrar ulteriores pistas. Concluimos a las dos de la mañana [...]. Descubrimos, tras un profuso examen, que la parte escrita en código era completamente impublicable^[2]». Se trataba «del relato íntimo de las prácticas homosexuales entre Miss Lister y sus muchas “amigas”; solo unas cuantas mujeres se le escaparon^[3]».

Cada una de las entradas aparecidas en los diarios de Anne Lister comienza explicando si ha tenido sexo la noche anterior, con quién y con qué frecuencia, y si el sexo se repitió a lo largo de la noche o por la mañana. Anotaba de manera rutinaria el número y la calidad de sus orgasmos y los de sus compañeras. Cuando despertaba sola, añadía una nota si se había masturbado. A Burrell todo esto le pareció «muy desagradable^[4]» y aconsejó a su amigo que quemase los diarios de inmediato. Lo que le molestaba no era solo que Anne Lister tuviera amantes de su propio sexo, y la magnitud de su número. Era el amor propio de Anne: también ella era una creación de Dios. No mostraba ningún desprecio hacia sí misma por su lesbianismo, ni desesperación, ni amargura, ni ansiedad. Lo que sí mostraba, en cambio, era una temprana manifestación

de orgullo homosexual. Anne Lister no trataba de ocultar su diferencia; coqueteaba con ella.

John Lister dudó en seguir el consejo de su amigo. Aunque no pudiera plantearse una posible publicación, tampoco quería destruir aquellos diarios tan únicos. Así que los ocultó en una sala que daba al dormitorio de Anne Lister, y que muy probablemente esta habría utilizado como estudio. John hizo que retirasen los paneles de madera y pusieran allí unos estantes; después, con sumo cuidado, colocó los diarios y volvió a poner los paneles. Consiguió que la puerta que daba a la sala siguiera pasando inadvertida al añadirle nuevos paneles de madera. Al dejar, sin embargo, la ventana intacta, se aseguró de que los posteriores dueños de la casa reparasen en la existencia de la habitación.

Tras su muerte, Shibden Hall pasó a ser propiedad de la Halifax Corporation, que convirtió la casa en un museo. Tal y como John Lister había pretendido, los diarios de Anne Lister fueron descubiertos en el gabinete, y, una vez más, los pasajes codificados despertaron curiosidad. El bibliotecario municipal, Edward Green, localizó a Arthur Burrell, que le entregó el código, pero le advirtió de lo que «en el viejo Halifax se rumoreaba acerca de *Miss Lister*^[5]». El código, que había sido guardado en la caja fuerte de la biblioteca de Halifax, pasó a las manos de la hija de Edward, Muriel Green, en la década de 1930, y a las de Vivien Ingham y Phyllis Ramsden en la de 1960, pero antes tuvieron que garantizar que «ningún material inadecuado llegaría jamás al público^[6]».

A lo largo de un siglo, apenas un puñado de bibliotecarios y archivistas de Halifax conocían lo que Anne Lister había escrito en código. Solo la llegada del movimiento de liberación de la mujer de los años setenta y ochenta despejó el camino para que Helena Whitbread (1988 y 1992) y Jill Liddington (1994, 1998 y 2003) pudieran publicar los diarios de Anne Lister sin ninguna censura. Hasta la

fecha, cinco generaciones de estudiosos y editores de Halifax y la zona circundante han pasado años descifrando el código y la caligrafía de Anne Lister, revisando una abundante profusión de materiales. Por mi parte, he llevado a cabo un provechoso uso de las transcripciones y ediciones realizadas por los investigadores aquí mencionados, en especial las de Helena Whitbread y Jill Liddington, a quienes debo toda gratitud y respeto, y sin las cuales no hubiera sido posible escribir este libro. Aunque he visto los papeles y diarios originales de Anne Lister que se conservan en los archivos Calderdale, no quise transcribir ninguno de los pasajes codificados ni ninguna página nueva por mi cuenta. Mi propósito era muy distinto del que animaba a los acérrimos estudiosos de Lister; mi única intención era destilar la inconmensurable crónica del día a día de Anne Lister, y relatar la historia de sus amores y su vida rebelde en un solo volumen. He dejado que sea la voz de la propia diarista la que más se oiga, pues ella era consciente de que estaba escribiendo su vida: «Estoy decidida a no permitir que mi vida pase sin dejar un recuerdo privado que pueda leer en el futuro, quizá con una sonrisa, cuando el Tiempo haya helado el canal de esos sentimientos que con tanta frescura fluyen ahora^[7]».

Eliza

1791-1810

Anne Lister tenía catorce o quince años cuando se enamoró por primera vez. Ella y Eliza Raine tenían la misma edad y estaban en la misma clase en la escuela Manor House, sita en York. Ni Anne ni Eliza podían ser más distintas de las otras chicas. Eliza había nacido en Madrás y tenía la piel oscura y el cabello negro. Anne llevaba ropas raídas y era objeto de muchas miradas y burlas por ser diferente. «¡Me traía sin cuidado^[8]!». Quería aprender más de lo que correspondía a una chica, y recibió el apelativo de «la Salomón del colegio^[9]».

Anne pudo acudir a aquel internado privado gracias a su tía y madrina, Anne Lister sénior, la menor de las hermanas de su padre Jeremy. El hermano mayor de este, James Lister, había sido nombrado heredero único de la casa familiar, Shibden Hall, que se hallaba en las proximidades de Halifax, al oeste de Yorkshire. Los hermanos pequeños de James –Joseph y Jeremy, Hannah, Phoebe, Martha y Anne sénior– no habían recibido casi nada. Sin una dote, ninguna de las hermanas podía casarse; las cuatro vivían en Shibden Hall junto a su hermano mayor, que, al igual que ellas, nunca se casó. El padre de Anne, Jeremy, tuvo que ocuparse de sus propias necesidades económicas. Se alistó en la infantería, fue enviado a Canadá y

posteriormente luchó contra los rebeldes americanos en la primera batalla de la guerra de la Independencia, en Lexington y Concord, Massachusetts, en 1775. Ascendido a capitán, regresó a su país en 1783, entre los derrotados ingleses. En 1788, a los treinta y cinco años, se casó con Rebecca Battle, de dieciocho, que no tardaría en recibir una modesta herencia. En 1789, mientras Jeremy servía en Irlanda, Rebecca dio a luz a su primer vástago, un niño que moriría poco después. Al quedarse embarazada por segunda vez, sus cuñadas la invitaron a Halifax, donde la joven alumbró una niña el 3 de abril de 1791. La pequeña recibió el nombre de su tía de veintiséis años, «aquella que [...] me tomó en su regazo tan pronto vine al mundo, me dio el primer alimento que probé y me acogió en el seno de la Cristiandad^[10]».

1 *Mapa del norte de Inglaterra, Laura Fronterré.*

Anne tenía dos años cuando Jeremy, haciendo uso de la herencia de Rebecca, adquirió la modesta Skelfler House, en Market Weighton, junto con los campos de alrededor y dos granjas en usufructo. Jeremy confiaba en vivir de los ingresos producidos por sus tierras, como hacía su hermano. Anne pasó los primeros años de su infancia en los montuosos paisajes de Yorkshire Wolds. Durante el resto de su vida, uno de sus «mayores placeres» de siempre sería dar «un buen paseo por el campo^[11]». Más tarde tuvo tres hermanos, Samuel, John y Jeremy, quien también moriría en sus primeros meses de vida, y una hermana. Cuando nació Marian, en 1798, Anne, que tenía siete años, también se vio beneficiada por ello; «mi madre me daba el pecho cuando mi hermana nació», recordaba Anne. «Tenía demasiada leche. Aquello me gustaba muchísimo^[12]».

Aquello era lo único que abundaba en la casa de los Lister. Jeremy ganaba poco. Cuando tenía dinero, lo gas-

taba con poca inteligencia, y, hecho a los bruscos modales del Ejército, discutía a voz en cuello los asuntos domésticos. Mientras tanto, su hija mayor se estaba convirtiendo en un «ingobernable marimacho^[13]». «Huía de mi doncella y me mezclaba con los trabajadores. [...] Cuando mi madre me creía bajo techo, yo, de noche, ya me había escapado. Veía escenas de lo más curiosas, mujeres de mala vida, etc.^[14]». «Mi carácter estaba marcado por la curiosidad, y había sido así desde la cuna», escribió acerca de sí misma, «fui un auténtico diablillo. Me enviaron muy pronto a la escuela porque en casa no podían conmigo». En aquel tiempo, las niñas de la pequeña nobleza y las familias de clase media aprendían a leer y escribir en casa, y no se las enviaba a la escuela, al menos, hasta que tenían doce años. Anne, sin embargo, se incorporó a la Escuela Ripon para Niñas, dirigida por *Mrs. Hague* y *Mrs. Chettle* en el norte de Yorkshire, con tan solo siete años. «Me azotaron a diario, con alguna que otra excepción durante las vacaciones, a lo largo de dos años^[15]». Aparte de a «silbar muy bien^[16]». Anne aseguraba que en la escuela no había aprendido nada. «Siempre estaba de charla con las niñas, en vez de aplicarme en mis libros^[17]». Sus profesores la consideraban «una niña extraña, que vestía de manera extraña, pero de aspecto refinado, muy despierta e independiente e incapaz de decir una mentira^[18]».

Rebecca pensaba que su hija mayor era «a veces un poco pretenciosa^[19]». Se negaba a aprender a cocinar o arreglar la casa y dejaba que su madre se las apañara con la doncella el día de la colada. La única tarea doméstica de la que Anne no podía escapar era la costura, puesto que debía zurcir y remendar sus propias ropas. Para disgusto de su madre, Anne no quería llevar el obligado tocado de las niñas ni los sombreros *poke* ya que su prominente ala le limitaba la visión. Cada vez que Anne visitaba Shibden Hall, las cartas de Rebecca no dejaban de preguntar con inquietud por la manera en que su hija se ves-

tía. El tío James y la tía Anne se llevaban mejor con su díscola sobrina que la madre de esta última. Anne respetaba a James, un hombre tranquilo, amante de los libros, y su madrina la trataba como a la hija que nunca tuvo. Tras una prolongada estancia en Shibden Hall, en 1802, a la edad de once años, se quedó a vivir allí durante casi un año entero desde agosto de 1803.

Shibden Hall había sido erigida a principios del siglo xv y pasó a ser propiedad de la familia Lister por vía matrimonial en 1619. La mansión, construida en ladrillo, salvo los tramos de madera de algunas secciones, y revestida toda ella de piedra, se alza hoy día en las afueras de Halifax, en medio de los Peninos. El viejo camino que llevaba desde Shibden Hall hasta Halifax era «tan empinado, tan escarpado, y a veces, también, tan resbaladizo», que Daniel Defoe creía que, «para una ciudad de tanto intercambio mercantil como esta [...], resulta muy engorroso y peligroso^[20]».

Halifax había experimentado un enorme auge desde el siglo xviii, lo que produjo un profundo cambio en su sociedad y su paisaje. Desarrollos técnicos tales como la hiladora Jenny y los telares accionados por máquinas de vapor habían industrializado la producción textil, que se extendía sobre todo por el norte y las Tierras Medias. A Manchester, «madre de la industria del algodón», se la llegaba a ver de lejos debido a sus «densas masas de humo negro y a sus largas chimeneas de ladrillo^[21]». A partir de allí, los comerciantes empezaron a construir enormes molinos que se desplegaban a lo largo de los valles del río, molinos en los que se fabricaban buenos tejidos ingleses. Los habitantes de los pueblos más desfavorecidos inundaban las ciudades prósperas, como la anteriormente insignificante Halifax, en busca de trabajo, aunque fueran trabajos por los que se pagaba una miseria. Para las familias de clase media propietarias de fábricas, el incremento de la ri-

queza se vio acompañado de la influencia política. Por su condición de miembros de la vieja aristocracia terrateniente, los Lister guardaban cierta distancia respecto a la nueva clase mercantil, aunque uno de los tíos de Anne, Joseph, participó en el negocio de los tejidos de lana, si bien sin demasiada fortuna. Gracias a su primera esposa, Joseph se convirtió en el propietario de la enorme y elegante Northgate House, en Halifax.

Mientras la industria se extendía por el valle, en la colina de Shibden Hall las cosas seguían funcionando a la manera tradicional. La hacienda, consistente en cuatro docenas de pequeños campos, ninguno mayor de tres hectáreas, fue arrendada. Una cantera, una pequeña y primitiva mina de carbón y un molino proporcionaban ingresos adicionales, complementados por los dividendos procedentes de las participaciones en el Turnpike Trust (peaje de carreteras) y la Calder and Hebble Navigation (peaje de canales). Aún no había cumplido doce años cuando Anne escribió a sus padres sobre la conveniencia de cosechar avena en Shibden Hall y reflexionó sobre el significado político e histórico-sociológico de «mi tema favorito, las cosechas».^[22] Recibía clases de las hermanas Sarah y Grace Mellin. Además de eso, el organista de la vieja parroquia de Halifax le daba clases de canto dos veces a la semana. «Prefiero la música al baile^[23]».

Tras pasar un año con sus padres y hermanos en Market Weighton, donde el párroco local le enseñó latín, Anne ingresó, en 1805 o 1806, en la Escuela Manor House de York, considerada una de las mejores escuelas para chicas del lugar. El internado ocupaba el ala norte del King's Manor, que en el siglo XIII había sido el palacio abacial y en la actualidad alberga una parte de la universidad. Junto con otras cuarenta chicas, Anne aprendió a leer y a escribir, además de matemáticas, geometría, astronomía, geografía, historia y heráldica.



2 Escuela de Manor House, York, 1822, grabado de Henry Cave.

El artista Joseph Halfpenny, que había publicado detallados dibujos arquitectónicos de la catedral de York, sita a solo dos minutos a pie de King's Manor, era quien impartía las clases de dibujo. Anne mostró más talento para la música que para el dibujo. Practicaba a diario la flauta y el pianoforte, y también le gustaba tocar el tambor^[24].

En el colegio, Anne prosiguió sus inusuales lecciones de latín a petición propia, durante ocho horas a la semana. Aunque, al ser chica, no podía asistir a una escuela secundaria normal, seguía insistiendo en que quería aprender el lenguaje de las ciencias, al igual que lo hacían sus hermanos. «En cuanto a lo que hayan dicho de mí, me da absolutamente igual», afirmó. «Que me consideren un poco loca nunca me inquietará demasiado, mientras yo misma sea consciente de mi *mens sana et mens recta*^[25]». Anne no dormía en los dormitorios, sino que compartía una habitación en el ático con otra chica: Eliza Raine.

Para Anne y las demás chicas de la escuela, es posible que Eliza fuera la primera persona proveniente de otra parte del mundo que veían. El padre de Eliza, William Raine, había sido cirujano en un hospital de Madrás, en la costa su-

roriental de la India, hoy Chennai. Él y su esposa india –cuyo nombre se desconoce– tuvieron dos hijas, Jane y Eliza. Las dos niñas fueron bautizadas y se las consideraba ilegítimas, pero inglesas. Hablaban tamil con su madre y los criados, e inglés con su padre y los amigos de este. Uno de esos amigos era William Duffin, un colega de William Raine. Duffin y su esposa no tenían hijos y se encariñaron mucho con las pequeñas. En 1797, Duffin nombró a Raine su sucesor en el puesto de jefe de los servicios médicos de Madrás, y regresó a York. Cuando murió William Raine, tres años después, William Duffin fue su albacea testamentario y llevó a Eliza y Jane a York. Ambas niñas asistieron a la escuela Manor, Eliza como interna, mientras Jane residía con los Duffin en el 58 de Micklegate. Cada niña poseía 4000 libras en una cuenta bancaria de Londres. Este capital, que producía suficiente interés para vivir, pasaría a sus manos cuando se casasen o cumplieran veintiún años. Por lo menos desde un punto de vista económico, más de uno las podría haber considerado un buen partido; pero su condición de «mestizas» las invalidaba para ser aceptadas en el seno de la sociedad.

Anne se enamoró perdidamente de la belleza de Eliza; treinta años después, y tras haber tenido incontables amantes, seguía recordándola como «la niña más hermosa que jamás he visto^[26]». Anne ayudaba a Eliza (que prefería el francés y el dibujo) con las matemáticas. Quizá fuera simple coincidencia que a ambas las hubieran puesto en la misma habitación. O quizá el personal quería apartar a esas dos niñas que tan poco encajaban con el resto. Fuera cual fuese el motivo de ello, Anne y Eliza no tardaron en disfrutar del aislamiento que proporcionaba su dormitorio. «Mi comportamiento y mis sentimientos me salían de un modo absolutamente natural, pues no los había aprendido de nadie, ni eran falsos ni contrarios al instinto^[27]». «Siempre he mostrado la misma conducta desde la infan-